

# Dios, naturaleza y hombre en la medicina de Maimónides

Juan Carlos Alby

## Resumen

El pensamiento de Maimónides se nutre de las dos cosmovisiones más importantes que han configurado el pensamiento occidental, es decir, la judía y la helénica. Por tanto, la concepción de la medicina que nos ha legado el sabio cordobés se sustenta sobre una antropología que considera al hombre como creado a la imagen y semejanza de Dios de acuerdo al relato del Génesis y, al mismo tiempo, como microcosmos, siguiendo la noción hipocrática. Entendiendo al hombre según estas coordenadas metafísicas, la medicina de Maimónides lo vincula de modo inseparable con Dios y la naturaleza, desplegándose así en una relación dinámica entre lo universal y lo particular.

**Palabras clave:** Maimónides – medicina – Hipócrates – Galeno – microcosmos

## Summary

The thought of Maimonides feeds on the two most important worldviews that have shaped Western thought, namely, the Jewish and Hellenic worldviews. Therefore, the notion of medicine handed down by this scholar from Cordoba is based on an anthropology which considers man as created in God's own image and likeness in accordance to the Genesis account and, at the same time, as a microcosm, following the Hippocratic notion. Seeing man from these metaphysical co-ordinates, the medicine of Maimonides inseparably links him with God and nature, thus unfolding in a dynamic relationship between the universal and the particular.

**Key words:** Maimonides – medicine – Hippocrate – Galen – microcosm

El pensamiento de Maimónides se nutre de las dos cosmovisiones más importantes que han configurado el pensamiento occidental, es decir, la judía y la helénica. Refiriéndose precisamente a la convergencia de estas dos culturas en nuestra tradición, dice Borges que todo hombre occidental es judío y griego:

Más allá de las aventuras de la sangre, más allá del casi infinito y ciertamente incalculable azar de los tálamos, toda persona occidental es griega y judía. No se dirá lo mismo de otras estirpes...<sup>1</sup>

Las noches de Alejandría, de Babilonia, de Cartago, de Menfis, nunca pudieron engendrar un abuelo; sólo a las tribus del bituminoso Mar Muerto les fue deparado ese don.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges, "Israel", *Sur* 32, (mayo 1937): 80-81.

En este sentido, Maimónides es heredero de la tradición iniciada por su lejano predecesor Filón de Alejandría, pues en ambos se dio la reconciliación entre Israel y Grecia. Cito a Borges una vez más:

Jesús, en el Paraíso recuperado, opone las artes y letras hebreas a las helénicas, cuyo defensor es el Diablo; en realidad, los dos polemistas se complementan y son máscaras o facetas de Milton, para el cual (pese al 'asqueroso hebraísmo' de que lo ha acusado Ezra Pound) su controversia era académica, ya que Israel y Grecia estaban reconciliadas en él. Para esta reconciliación trabajó toda la escolástica; antes que los cristianos, la emprendieron Filón de Alejandría y Maimónides.<sup>3</sup>

De acuerdo a esto, la concepción de la medicina que nos ha legado el sabio cordobés se sustenta sobre una antropología que considera al hombre como creado a imagen y semejanza de Dios según el relato del Génesis y, al mismo tiempo, como microcosmos, siguiendo la noción hipocrática. Entendiendo al hombre dentro de estas coordenadas metafísicas, la medicina de Maimónides lo vincula de modo inseparable con Dios y con la naturaleza, desplegándose así en una relación dinámica entre lo universal y lo particular.

El presente trabajo se propone; por un lado, indagar tanto en las raíces antiguotestamentarias como hipocráticas de la medicina para ponderar sus respectivas influencias sobre Maimónides; por otro lado, se intenta demostrar que la concepción de esta medicina depende de las nociones de Dios y del cosmos sostenidas por el filósofo judío, así como también de la confrontación con ciertas premisas aristotélicas que intervinieron en su formación.

#### LA MEDICINA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

No es fácil probar que en Israel haya existido en los tiempos del Antiguo Testamento una clase propiamente médica, a la manera, por ejemplo, de los cirujanos de Babilonia, quienes eran considerados como artesanos, o de la "casa de la vida" en Egipto, que bien puede interpretarse como una escuela médica y que aparece en los santuarios más famosos.

La ausencia de una casta de médicos en Israel puede obedecer a distintas razones, entre las cuales se destacan las siguientes:

a) El rechazo a la práctica de disecciones para evitar la contaminación con cadáveres; "El que toca a un muerto queda impuro siete días".<sup>4</sup> Esta prescrip-

<sup>2</sup> Borges, "Yo, judío", *Megáfono* 3, 12 (abril 1934): 60.

<sup>3</sup> Borges, "Israel", 80.

<sup>4</sup> Nm 9:11.

ción se extiende a todo aquel que toque en pleno campo a un muerto por la espada, huesos humanos o un sepulcro.<sup>5</sup>

Por medio de estas prescripciones culturales, Israel expresa una desmitificación radical así como una desacralización de la muerte, pues *Yahweh* es “Dios de vivos” y no de muertos, ya que, como expresa el Salmo 88, éstos se encuentran excluidos de la vida y la comunión con Él, pues están fuera de su culto.<sup>6</sup>

b) Las consecuencias analógicas deducidas del estudio de los animales y aplicadas al hombre no parecen muy convincentes, en vistas del lugar privilegiado que éste ocupa en el orden de la creación:

Entonces el Señor Dios modeló con arcilla del suelo a todos los animales del campo y a todos los pájaros del cielo, y los presentó al hombre para ver qué nombre les pondría. Porque cada ser viviente debía tener el nombre que le pusiera el hombre. El hombre puso un nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves del cielo y a todos los animales del campo, pero entre ellos no encontró la ayuda adecuada.<sup>7</sup>

Teniendo en cuenta que “nombrar” significa en este contexto “tomar posesión”, queda muy claro en este relato el lugar relevante que el hombre ocupa, levantándose en dignidad y factura sobre las demás especies vivientes. Esto es lo que hace dudoso que las conclusiones extraídas del estudio de los animales tengan validez para la comprensión del organismo humano.

No obstante esta ausencia de una medicina institucionalizada, existían en Israel médicos para las heridas externas<sup>8</sup>, pero el sacerdote intervenía en todas las enfermedades graves. La concepción de la enfermedad estaba ligada a una valoración sagrada de la misma, a tal punto que, desconfiar de la intervención divina para la curación acudiendo al consejo de los médicos, era considerado un acto de temeraria incredulidad.<sup>9</sup> Sólo *Yahweh* podía curar, “Yo, *Yahweh*, soy tu médico (*rôpâ*)”.<sup>10</sup> Una vez que el enfermo se había confiado a *Yahweh*, en-

<sup>5</sup> Nm 9:16.

<sup>6</sup> Gerhard Von Rad, *Teología del Antiguo Testamento* (Salamanca: Sígueme, 1986), 1:349.

<sup>7</sup> Gn 2:19-20.

<sup>8</sup> Ex 21:19.

<sup>9</sup> 2 Cr 16:12.

<sup>10</sup> Éx 15:26. Esta expresión aparece en un contexto polémico, en ocasión de la transformación de las aguas amargas (*Mara*) Éx 15: 22-27. Allí se le advierte al pueblo que, obedeciendo los preceptos de Dios, Él los preservará de las enfermedades padecidas en Egipto. Ver también 2 Reyes 5:7.

tonces la medicina recibía una consideración particular.<sup>11</sup> La lepra, a la que se llamaba “primogénita de la muerte”,<sup>12</sup> era considerada la forma más grave de impureza corporal, por lo que los sacerdotes debían ocuparse de ella con especial atención.<sup>13</sup>

En el judaísmo tardío de alrededor del siglo II a. C., encontramos en el *Sirávida* un extenso pasaje que relaciona al médico con Dios y con la naturaleza, de la cual provienen las propiedades medicinales. Dada la importancia del texto, conviene reproducirlo en toda su extensión:

Honra al médico de acuerdo con su profesión,  
pues también a él le ha señalado Dios su cometido.

El médico es enseñado por Dios  
y del rey recibe regalos.

La ciencia del médico yergue su cabeza  
y trata con príncipes.

De la tierra saca Dios los remedios,  
y un hombre inteligente no los desprecia...

Con ellos aplaca el médico el dolor,  
el farmacéutico prepara la mezcla...

Hijo mío, no te descuides,  
ora a Dios, pues Él da la salud.

Huye de la maldad y purifica las manos,  
limpia tu corazón de todo mal.

Ofrece incienso y un sacrificio de recuerdo,  
haz un don todo lo abundante que puedas.

Pero permite la entrada al médico también,  
que él no falte, pues también es necesario.

Pues hay tiempo en que su mano tiene éxito,  
porque también él ora a Dios,  
para que tenga éxito su reconocimiento  
y la curación para mantener la vida.

Quien peca contra su creador,  
cae en los dedos del médico.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> 2 R 20:1-7.

<sup>12</sup> Job 18:13.

<sup>13</sup> Lv 13.

<sup>14</sup> Eclesiástico 38:1-15.

Se observa en este rico pasaje una interesante ambigüedad. Por una parte, se exalta la sabiduría del médico y la eficacia de los medios curativos; que son dones puestos por Dios en la creación. Pero las facultades del médico son limitadas, y él mismo necesita invocar a Dios para el buen ejercicio de su arte y la acribia de su diagnosis. Por otra parte, caer en las manos de un médico puede significar un castigo por parte de Dios. Se ve, por tanto, de qué manera la medicina está integrada a Dios y a la naturaleza en la aplicación de su arte sobre el hombre enfermo.

Según esta concepción, la vida humana con todas sus vicisitudes encuentra en Dios su unidad, y rechaza todo otro camino para la salud y la realización del hombre que no sea el de la obediencia a *Yahweh*. Buscar a los médicos “en vez de a *Yahweh*”, implica un terrible error por parte del hombre. Aún el texto citado de Jesús ben Sirá, indica que hay que dejar entrar al médico “por causa de *Yahweh*”.

#### LA MEDICINA GRIEGA

La medicina hipocrática fue una *téchne iatriké*, un “arte médico”, entendiendo por *téchne* un “saber hacer sabiendo por qué se hace lo que se hace”.<sup>15</sup> El saber médico adquiere el rango de *téchne* cuando el que lo practica se apoya sobre juicios universales. Entre los primeros escritos del *Corpus Hippocraticum* fechados a comienzos del siglo V a. C. y comienzos del siglo VI a. C., tales como *Sobre la medicina antigua* y *Sobre la ciencia*, se pueden detectar algunos criterios conducentes a demostrar que la medicina considerada como actividad propiamente humana, merece la categoría de *téchne*. De estas fuentes mencionadas, se desprenden al menos cuatro rasgos de la *téchne* que deben ser destacados sobre los demás: universalidad, posibilidad de ser enseñada, precisión, e interés por la explicación. En el presente trabajo nos ocuparemos solamente del aspecto de la universalidad.<sup>16</sup>

Algunas décadas después de la muerte de Hipócrates, escribía Aristóteles:

Nace el arte (*téchne*) cuando de las muchas observaciones de la experiencia (*empeíria*) brota un juicio general. Pues si uno juzga y sabe que a Calias, que padecía tal o cual enfermedad, le ha servido tal o cual remedio, y a Sócrates, y a muchos individuos, cada uno aisladamente, esto es cosa de la experiencia (*empeíria*); pero es, por el contrario, arte (*téchne*), si uno sabe que un determinado remedio conviene a todos los dispuestos de tal

<sup>15</sup> Pedro Laín Entralgo, *La historia clínica* (Madrid: Triacastella, 1998), 65.

<sup>16</sup> Para un estudio de los otros tres aspectos mencionados, puede consultarse nuestro trabajo “La concepción antropológica de la medicina hipocrática”, *Enfoques* XVI, 1 (Otoño 2004): 5-29.

o cual modo y comprendidos bajo un mismo género, es decir, a todos los que padecen tal o cual enfermedad: los pituitosos, los biliosos, los febricitantes.<sup>17</sup>

Esto indica que, a partir de la experiencia, el médico sabe repetir en Calias y en Sócrates un tratamiento que él no inventó. El médico imbuido de su arte, cura a Calias y a Sócrates en tanto “casos” individuales, es decir, biliosos, febricitantes, etcétera, pero como episodios particulares de un modo genérico de estar enfermo. En cada situación descrita es tratado el individuo, pero lo es en lo que su afección tiene de no individual, aun cuando el terapeuta intenta adecuar el tratamiento a las condiciones individuales que ofrece cada paciente. Se aprecia aquí la relación estrecha que existe entre lo universal y lo particular, vínculo que permitirá la evolución de la medicina hacia una descripción de las enfermedades agrupadas en especies bien caracterizadas, tal como ocurrió después de Aristóteles con Diocles de Caristo, hipocrático y aristotélico a la vez; con los metódicos, caracterizados por un pensamiento tipificador de la enfermedad; con los empíricos Serapión, Celso, Celio Aureliano, Sorano de Éfeso y Areteo de Capadocia. Pero la clasificación de las enfermedades en géneros (*gene*) y especies (*eíde*) alcanzará su plenitud en la obra de Galeno (Pérgamo, 131 d. C.; Roma, 200 d. C.), el célebre médico formado en las tradiciones peripatética y estoica.<sup>18</sup> Galeno era un médico profundamente realista, con una confianza exagerada en la posibilidad de la mente humana para conocer la verdadera consistencia de la realidad. Este optimismo metafísico orientó su nosología hacia una concepción fisiopatológica y localizatoria de la enfermedad. Según su criterio, el hombre puede enfermar según cuatro modos o “géneros” principales: las enfermedades de los humores, las de las partes similares, las de los órganos o partes instrumentales y las que afectan a la continuidad de todo el cuerpo o de alguna de sus partes; a su vez, cada uno de estos géneros se diversifica luego en múltiples “especies”. Estos géneros y especies en la patología galénica remiten, antes que a la sintomatología, a la naturaleza o consistencia real de la enfermedad en sí. Galeno pretendía conocer las enfermedades no como “aparecen”, sino más bien cómo “son” en sí.

<sup>17</sup> Aristóteles, *Metafísica I*, 1, 981a.

<sup>18</sup> Si bien este criterio de universalidad orientado a la tipificación de las enfermedades ya se insinuaba en el *Corpus Hippocraticum*, es en la obra de Galeno en que aparecen claramente expresados los seis criterios hipocráticos para el establecimiento de semejanzas nosológicas, según se deduce de la lectura de los epígrafes de sus escritos: el sintomático (*de symptomatum differentiis*), el patocrónico (*de totius morbi temporibus, de typis*), el localizadorio (*de locis affectis*), el etiológico (los diversos escritos *de causis*), el pronóstico (*in Prognosticum Hippocratis comm.*) y el constitucional (*de temperamentis, de inaequali intemperie*). Laín Entralgo, *La historia clínica*, 66.

Es posible que en esta tendencia universalizadora y clasificatoria de Galeno radique la explicación acerca de por qué en toda su profusa bibliografía no se encuentre una casuística propiamente dicha ni una patografía individual. Sus fugaces menciones a la experiencia de casos individuales tienen sólo función ejemplificadora y están al servicio de una concepción general. Esta tendencia se prolongará hacia las dos medicinas edificadas sobre la griega: la bizantina y la árabe. A pesar de la amplia experiencia en la observación de los enfermos de manera individual que puede constatarse en Pablo de Egipto, Rhazes y Abulqasim, la acción de los médicos bizantinos e islámicos no se manifiesta bajo la forma de patografías individuales, sino de una nosografía genérica. La referencia a “casos” observados, cuando aparece, es muy esporádica y sólo ocurre como sostén de una teoría general. Habrá que esperar hasta las postrimerías del siglo XII e internarse en el ámbito de la Cristiandad occidental para que vuelvan a escribirse historias clínicas propiamente dichas, que reflejen la armonía entre lo general y lo individual, como en los días de Hipócrates.

Pero esta relación entre lo universal y lo particular que advertimos en la nosología hipocrática, descansa sobre otra más originaria y totalizadora: la vinculación entre la *physis* y el hombre. Precisamente, el descubrimiento de la *physis* por parte de la filosofía jónica permitió deducir la existencia de una naturaleza humana, la *physis toû anthrópon*, que reproduce en escala antropológica la naturaleza del todo (*physis toû pantós*). Esta relación entre el todo y la parte puede advertirse claramente en una de las obras del *Corpus Hippocraticum* denominada *Sobre los aires, aguas y lugares*:

Quien desee aprender bien el arte de médico deberá proceder así: en primer lugar, deberá tener presentes las estaciones del año y sus efectos, pues no son todos iguales, sino que difieren radicalmente en cuanto a su esencia específica y en cuanto a sus cambios. El próximo punto es observar los vientos calientes y fríos, especialmente los que son comunes a todos, pero también aquellos que son característicos de cada región en particular. Deberá también considerar las propiedades de las aguas; éstas se distinguen en sabor y en peso, además de que sus atributos difieren entre una y otra. Cuando un médico arriba a una ciudad desconocida para él, deberá examinar la posición que ésta ocupa con respecto a los vientos y al curso del sol... Debe considerar estas cosas con el máximo cuidado, así como lo relativo a las aguas, la calidad del terreno... al cambio de las estaciones y del clima, a la salida y ocaso de los astros. Si alguien piensa que todas estas cosas están demasiado orientadas hacia la meteorología, debe entender que la contribución de la astronomía a la medicina es muy grande, pues el cambio de las enfermedades del hombre está relacionado con el cambio de las estaciones.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Hipócrates, *Peri Aeron hydatón topón* I, II, Loeb Classical Library, 71-72.

El organismo humano posee la misma capacidad de autorregularse que posee la *physis*, con sus mismas propiedades, equilibrio y armonía. Como ya lo anticipó Demócrito, el hombre puede ser considerado como el “mundo en pequeño”, un auténtico “microcosmos”. La armonía intrínseca de la *Physis* es capaz de generar armonía, pudiendo restablecer el equilibrio eventualmente distorsionado por “exceso” o “defecto”; al decir de Anaximandro, de alguno de sus principios activos o *dýnameis*: lo seco, lo húmedo, lo caliente y lo frío. La *Physis* tiene, además, un *lógos*, una inteligibilidad accesible al *lógos* humano, por lo cual es posible una *fisiología humana*. En consecuencia, es posible deducir que los principios activos de la *physis* tienen su correlato en el organismo físico del hombre, surgiendo así la célebre *doctrina de los humores*.<sup>20</sup> De aquí surgirá una revolucionaria concepción de salud, propia de esta medicina, como *eukrasía* o “buena mezcla” de humores, mientras que su contrario, la enfermedad, será entendida como *diskrasía* o “mala mezcla”.

#### LA MEDICINA DE MAIMÓNIDES

La obra médica de Maimónides es muy amplia, pero tal vez menos conocida que sus tratados filosóficos, teológicos y astronómicos. Según Wüstenfeld, quien en 1840 publicó en Göttingen un libro titulado *Die Arabische Aertze*, los escritos médicos de Maimónides comprenden dieciséis títulos. Pero a fines del siglo XIX el historiador Steinschneider depuró esa nómina tratando de distinguir los trabajos escritos por el médico de Córdoba de aquellos que se le atribuyen, pero cuya autoría pertenece a otros. Este trabajo crítico, completado por Müntner entre 1940 y 1960, y por Rosner entre 1965 y 1980, permitió categorizar como obras “médicas puras” de Maimónides, los diez títulos siguientes: *Régimen de salud* (*Regimen sanitatis*), *Aforismos médicos de Moisés* (*Aphorismi R Mosi*), *Comentario a los Aforismos de Hipócrates* (*Comment. in Aphorismos*), *Tratado de las hemorroides* (*Tractatus de Hemorrhoidibus*), *Tratado de los venenos y sus antídotos* (*Tractatus de cura eorum qui a venenatis animalibus puncti sunt*), *Explicación de las particularidades de los accidentes* (*de los Accidentes*) (*De causis et indiis morborum*), *Compendio de los libros de Galeno* (*Succinata expositio artis medendi Galeni*), *Tratado del Asma* (*De Athsma*), *Tratado del coito* (*De coitus*), *Comentario sobre los nombres de las drogas*.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> Según el tratado *Sobre la medicina antigua* —que Aristóteles atribuyó a Pólipo (siglo IV a. C.)— los humores son: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. En el libro *Sobre las enfermedades*, los humores también son cuatro, pero uno de ellos es el agua, lo que resulta sorprendente, pues rara vez se advierte que al agua escape del cuerpo. En el tratado *Sobre la naturaleza del hombre*, el agua es sustituida por la bilis negra.

<sup>21</sup> Este último fue descubierto en 1932 y publicado en 1940, razón por la cual no aparece en la nómina de Wüstenfeld. Para un detalle de las ediciones y traducciones de las obras médicas de Maimónides, recomendamos el excelente estudio de Jaime Bortz, “Maimónides contra

Resulta particularmente significativa la obra llamada *Aforismos médicos de Moisés (Pirqei Mošeh)*, escrita entre 1187 y 1190. Se trata de una extensa colección de consejos médicos tomados de Galeno así como de los comentarios que hace el célebre médico de Pérgamo a las obras de Hipócrates; estos aforismos abarcan temas tan variados como anatomía, cirugía, ginecología, farmacología e higiene. La mayoría de estos aforismos revelan una notable coincidencia con los criterios médicos de Galeno; se han contado cuarenta y dos de estos aforismos que están precedidos de la expresión “Moisés dice”, con la cual se indica que el judío de Córdoba aporta una idea personal en orden a completar y enriquecer alguna idea expresada por otro autor o a formular una crítica menor. A partir del capítulo XXV de esta obra, Maimónides desata una severa crítica contra el príncipe de los médicos, quien rara vez había sido cuestionado en lo tocante al conocimiento de la medicina.<sup>22</sup> Maimónides subtitula el capítulo XXV de la citada obra con la siguiente expresión: “...que contiene aforismos relacionados con algunas incongruencias que se desprenden de los dichos de Galeno”, y se propone mostrar las contradicciones que aparecen en la obra del pergamense, evidenciando una lectura hartamente metódica así como un juicio sorprendentemente agudo y crítico. En este procedimiento, Maimónides detecta y refuta treinta y nueve contradicciones, a las que atribuye tres posibles causas: (a) en primer lugar, un error del traductor de la obra de Galeno del griego al árabe, idioma en el cual Maimónides la leyó; (b) en segundo término, un error no intencional de Galeno, “ya que nadie está exento de errores, salvo los profetas”; (c) por último, una falta de comprensión del mismo Maimónides.

Más allá de la larga lista de incongruencias, para el presente trabajo nos interesan las opiniones de Galeno que tienen cierta envergadura filosófica y que son refutadas por el pensador de Córdoba por considerarlas erróneas; entre ellas, prestaremos atención a las que introducen la cuestión de la divinidad, la de los fenómenos naturales y la de la presunta eternidad de la materia.

Con respecto a la primera, Galeno aseguraba que fue instruido por la divinidad en ciertos temas de medicina, a lo que Maimónides responde diciendo que, por no haber sido Galeno un profeta, no es posible que haya tenido un

Galeno. Una polémica a la luz de los Aforismos Médicos de Moisés”, *Quirón* 27, 2 (Junio 1996): 48-49.

<sup>22</sup> El mismo Maimónides declara en el mencionado capítulo, que Al Razi (Rhazes) había cuestionado ciertas afirmaciones de Galeno en el campo de la lógica y de la lingüística, pero jamás se había atrevido a poner en dudas sus opiniones médicas. Además, y atenuando la crítica, Rhazes afirmaba que los supuestos errores de Galeno se debían a una traducción fallida de sus escritos.

contacto con Dios diferente del que tienen el resto de los mortales. Por otra parte, el pergamense sostuvo que la divinidad no promueve fenómenos naturales que no tienen sentido lógico, que no hace que las cosas imposibles se vuelvan posibles y, que de las posibles, elige las más apropiadas; es decir, que la divinidad escoge la mejor manera de hacer aquello que se propone, así como los materiales óptimos para llevarlo a cabo. Pero el atrevimiento de Galeno llegó demasiado lejos para la tolerancia de Maimónides, al atribuirle al bíblico Moisés las siguientes cuatro afirmaciones: (a) que Dios ordenó al pelo de las cejas no crecer más; (b) que para Dios todo es posible; (c) que si Dios quisiera crear a partir del polvo y de manera instantánea un caballo o un buey, podría hacerlo; y (d) que Dios no elige cuidadosamente el material adecuado con el cual realizará su creación. De estas cuatro sentencias galénicas, Maimónides admitió la tercera pero rechazó las otras tres.

Maimónides responde a la primera afirmación de Galeno aduciendo que Dios emite órdenes sólo a los seres racionales, y las cejas no lo son. Para comprender mejor la respuesta de Maimónides, conviene hacer un breve *excursus* sobre un problema filosófico muy debatido en su época. En la atmósfera intelectual de la Edad Media en la que Maimónides escribió, estaba presente una cuestión que había comenzado con el comentario de Boecio a la *Isagogé* de Porfirio y que había seguido en el siglo IX con Juan Escoto Eriúgena, para luego extenderse hasta los albores de la modernidad. Se trata del problema de los universales y, consecuentemente, de la constitución de los individuos corpóreos, tema que atañe muy especialmente a la medicina de la época. En el hiperrealismo o universalismo sustancial del Eriúgena y de Guillermo de Champeaux, el problema de la individuación se resuelve considerando al individuo desde la subsistencia en sí del género. Lo verdaderamente real –sostiene Guillermo– es el género, el cual produce y contiene las especies y los individuos que le pertenecen. Por tanto, los géneros serían sustancias unitarias e idénticas, mientras que los caracteres específicos de los individuos que a ellas pertenecen no serían otra cosa que accidentes de la sustancia genérica. La reacción inmediata de Abelardo contra su maestro consistió en la siguiente objeción: ¿Cómo es posible que a una misma sustancia puedan ser atribuidos accidentes contradictorios? Por ejemplo, si la sustancia específica del caballo puede ser al mismo tiempo blanca en el caballo blanco y negra en el caballo negro, ¿cómo puede la misma sustancia conservarse idéntica admitiendo en sí accidentes contradictorios? La perspicaz observación de Abelardo hizo abandonar a los realistas su posición extrema, y desde entonces se limitaron a decir que el género existe *individualiter*, es decir, su esencia universal e idéntica se haría forma sustancial particular en cada ejemplar individual.

Los médicos medievales trataban de no confundir la individualidad en sentido llano con el mismo individuo. Por ejemplo, el tejido muscular, tiene su ser propio, indiviso e incomunicable, pero no puede afirmarse por esto que el tejido muscular sea un individuo. En consecuencia, sólo pueden ser considerados propiamente “individuos” los seres constituidos por una sustancia individual completa, es decir, aquellos que no necesitan de otra sustancia parcial para la plena constitución de su ser.<sup>23</sup> He ahí la fundamentación filosófica de la respuesta de Maimónides a Galeno, en cuanto al carácter individual de la ceja, pues no se trata de un individuo propiamente dicho, sino de una sustancia individual pero parcial en constitución de un individuo completo y racional.

La respuesta de Maimónides a la segunda afirmación de Galeno nos permite conocer en parte la noción de Dios que sustentaba el cordobés, quien no acepta que Moisés creyera que “para Dios todo es posible”, sino que más bien habría que decir que “el poder de hacer lo imposible no puede ser atribuido a Dios”. Para entender la diferencia entre ambas afirmaciones, es preciso ingresar en su teología negativa, que se desarrolla en una de sus principales obras filosóficas llamada *Guía de los perplejos*.<sup>24</sup>

Has de saber que los verdaderos atributos de Dios son aquellos cuya atribución se hace por medio de negaciones, lo que no comporta ninguna expresión impropia, ni da lugar, en manera alguna, a atribuir a Dios ninguna imperfección. En cambio, la atribución enunciada afirmativamente, encierra la idea de *asociación* y de imperfección...<sup>25</sup>

Con esto, Maimónides quiere expresar que, al adjudicar a Dios atributos afirmativos, se reconoce implícitamente que hay en Él ideas diversas asociadas entre sí y, por consiguiente, también se le atribuye imperfección. De este modo, al referirse a Dios con lo que no es antes que con lo que es, el Rabino de Córdoba continúa una tradición que se remonta hasta Dionisio Areopagita.

Con respecto a la cuarta sentencia de Galeno, según la cual Moisés creía que Dios no habría escogido el material más adecuado para hacer el mundo,

<sup>23</sup> Laín Entralgo, *La historia clínica*, 78.

<sup>24</sup> En hebreo, *Môrèh nê búkím*, en árabe, *Dalálat al-ha'irín*, esta obra persigue el propósito de estudiar científicamente los Libros Proféticos. Su redacción fue motivada por la preocupación que había generado en Maimónides el distanciamiento de su discípulo R. Yosef ben R. Yehudá, hombre religioso que, a pesar de su espíritu comprensivo, no pudo recibir de Maimónides las enseñanzas necesarias, por lo cual el texto intentará colmar esa carencia.

<sup>25</sup> Maimónides, *Guía de los descarriados. Tratado de teología y de filosofía* I, LVIII, versión castellana y prólogo de León Dujovne (Buenos Aires: Sigal, s/f): 154-157.

Maimónides la rechaza diciendo que Dios no hace nada por azar y sin finalidad, sino que todo lo hace bien, con recta intención y justicia.

Por último, Galeno creía que la materia es eterna y negaba la posibilidad de una creación desde la nada, con lo cual la trascendencia divina quedaba comprometida, pues la divinidad creadora no modificaría las leyes preexistentes de la naturaleza, y su voluntad sería restringida y no omnipotente.

La cuestión, acerca de si la materia es eterna o provino de una creación *ex nihilo* como afirma la Escritura, es tratada por Maimónides en la *Guía de los perplejos*, redactada en la misma época que el *Comentario a los aforismos*, razón por la cual no la considera en esta obra. No obstante, se trata de un problema que Maimónides debe superar por su doble condición de creyente judío y filósofo aristotélico. Junto a la afirmación de la Escritura según la cual “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”, Rambam<sup>26</sup> debe considerar las argumentaciones por las cuales Aristóteles se inclina por la tesis de la eternidad del mundo, principalmente en los libros VII y VIII de la *Física*. Para el Estagirita, la eternidad del cosmos obedece a la eternidad de la materia y, en especial, del movimiento, cuya eternidad responde a su vez a la del Motor Inmóvil, inteligencia infinita que es *noésis noéseos* y que únicamente es motor del mundo increado como fin último, es decir, como *télos* deseado. Luego de una aguda exégesis filosófica, Maimónides concluye que no existen pruebas racionales decisivas en favor de las tesis aristotélicas de la eternidad de la materia y, por tanto, le conviene al filósofo creyente atenerse al texto de la Escritura.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Por este apodo era conocido Maimónides, pues se forma de la asociación de las iniciales de su nombre: Rabí Moshé ben Maimón.

<sup>27</sup> Maimónides, *Guía de los descarriados*, II, XV y XVI, 82-91. Maimónides cita al respecto siete demostraciones, de las cuales cuatro corresponden al mismo Aristóteles y tres a los peripatéticos. Las primeras se refieren a que el movimiento primero no nace ni perece; que la materia prima, común a los cuatro elementos, tampoco nace ni perece, pues en caso contrario se caería en un *regressus ad infinitum*; que el movimiento circular de la esfera terrestre carece de contrario, por lo que no puede perecer y, por tanto, tampoco puede ser generado; y que en todo lo que adviene hay una posibilidad de cambio que implica una potencia anterior, tanto en el objeto como en el agente de cambio, potencia que no se puede concebir en Dios mismo. A continuación, el cordobés sostiene que no se puede pensar que Aristóteles considerara como auténticas estas demostraciones o razonamientos, en apoyo a lo cual recurre a textos del Estagirita que revelan cierta cautela sobre el tema, cautela que —según Maimónides— no fue imitada por sus seguidores. Para un estudio más completo de esta cuestión, véase Silvia Magnavacca, “Alcances y límites del aristotelismo. Maimónides y Tomás sobre la eternidad del mundo”, Actas del Simposio Internacional Moisés Maimónides, médico y filósofo. Homenaje en el octavo centenario de su muerte: 1204-2004, Buenos Aires, Argentina, mayo de 2004. [Versión electrónica].

Con respecto a la trascendencia de Dios, Maimónides creía que, al ser la naturaleza creada *ex nihilo*, la divinidad era a la vez trascendente e inmanente, pudiendo modificar sus leyes por el ejercicio de su omnímoda voluntad, de modo que fenómenos considerados imposibles se tornarían posibles en tanto se los tomara como manifestaciones del control que Dios tiene sobre la naturaleza.

A partir de su durísima crítica a Galeno, que se exagera entre el aforismo 56 y 59 del mencionado capítulo XXV del *Comentario a los aforismos de Moisés*, se puede deducir lo que Maimónides espera de la conducta de un médico. En el aforismo 59 el rabino de Córdoba describe como patológico el comportamiento de aquellos que se creen más perfectos de lo que son en realidad, y esta acusación va dirigida al pergamense por opinar con pretendida autoridad sobre otras disciplinas en las que no era perito, como lo era en el arte médico. Más allá de su reconocimiento y admiración hacia Galeno como médico, llegó a referirse a él como ignorante, falsificador e inexacto en la mayoría de los temas que trata, excepto en medicina.<sup>28</sup>

En la *Miṣnah* puede leerse una sentencia lapidaria contra los médicos; “El mejor de los médicos, (que sea encomendado) a la Gehena”.<sup>29</sup> En el siglo XIII, Menahem Meiri interpretó este aforismo como dirigido a los médicos que ejercían mal su práctica, mientras que en el siglo XVI o XVII, R. Samuel Eliezer Edels entendió que estaba dirigido al médico orgulloso.<sup>30</sup>

Dos personajes paradigmáticos de cada una de las culturas que configuraron el pensamiento de Maimónides, estuvieron relacionados con la virtud de la humildad; por un lado, el médico griego Hipócrates, quien en los capítulos 5 y 12 de su obra *Decorum*, menciona la modestia (gr. *katastolé*) como una de las cualidades que conviene al médico; por otra parte, Moisés, el personaje bíblico a quien Maimónides debe su nombre, era considerado como “muy humilde” (heb. *anav me’od*).<sup>31</sup>

<sup>28</sup> Bortz., “Maimónides contra Galeno...”, 59.

<sup>29</sup> *Miṣnah, Kiduṣin* 4: 14. Una glosa del Talmud dice algo parecido, pero acerca de los “sangradores” o cirujanos porque causan daño con sus manos y de manera directa, y no con respecto a los médicos en general.

<sup>30</sup> Samuel Kottek, “El medico Maimónides entre perfección y humildad”, Actas del Simposio Internacional Moisés Maimónides, médico y filósofo. Homenaje en el octavo centenario de su muerte: 1204-2004, Buenos Aires, Argentina, mayo de 2004. [Versión electrónica].

<sup>31</sup> Nm 12:3.

A la vez que exigía una profunda modestia en el médico, la medicina de Maimónides tenía en altísima estima al hombre y a su relación con la naturaleza. Para apoyar esta afirmación, nos conviene comparar el pensamiento talmúdico con el griego en lo tocante a la medicina, sobre todo, teniendo en cuenta que Maimónides se formó como médico en la confluencia de ambas tradiciones.

Según el *Talmud*, el hombre debía dominar sus impulsos agresivos para lograr una convivencia armónica con los demás órdenes de la creación “¿Quién es fuerte? El que domina sus instintos”.<sup>32</sup> La norma talmúdica conocida como *bal tashjit* entendía que el cuidado de los recursos naturales no era un imperativo ecológico, sino un mandamiento divino, por lo que su violación constituía un sacrilegio. Maimónides prohibió la tala indiscriminada de árboles alrededor de una ciudad sitiada, así como también el desvío de los manantiales que las alimentan, aduciendo que la ley prohíbe la destrucción insensata.<sup>33</sup> Es probable que muchas de las medidas sanitarias prescritas por Maimónides se apoyaran en el Antiguo Testamento y en las múltiples recomendaciones ambientales que aparecen en la literatura del *Talmud*.<sup>34</sup>

En cuanto a la influencia recibida por Rambam de los médicos grecorromanos, es preciso tener en cuenta el escrito hipocrático ya mencionado *Sobre los aires, aguas y lugares*, que trata de la influencia del clima sobre la salud. No obstante, es preciso señalar algunas diferencias entre las costumbres judías y griegas en este punto. Las fuentes bíblicas y talmúdicas abordan las cuestiones sanitarias, en general, y ambientales, en particular, de manera inseparable de la práctica religiosa. En cambio, Hipócrates y la escuela de Cos representaban los mejores exponentes de la ciencia griega del siglo V a. C., que intentaba separarse de la magia y de la religión. Consideraban que la salud y la enfermedad podían estudiarse sin alusión a la intervención divina. Como ejemplo de esto, baste mencionar el tratado hipocrático sobre *La enfermedad sagrada*, en el cual se dice que todas las enfermedades son sagradas o ninguna es sagrada, ya que pueden ser consideradas naturales. En la concepción hipocrática, el hombre como ser racional, podía dominar el ambiente. Hay autores que creen que hay una gran influencia de la climatología griega sobre la talmúdica; que los judíos sabían más que los griegos sobre cuestiones sanitarias urbanas; y que los grie-

<sup>32</sup> *Miṣnah Avot* 4:1.

<sup>33</sup> Dt 20:19; aquí se prohíbe la destrucción innecesaria de recursos naturales en tiempos de guerra.

<sup>34</sup> Para un detalle de estas medidas, puede consultarse J. Bortz, *Maimónides. Medicina preventiva y psicosomática* (Buenos Aires: Sefarad, 2004), 104 y ss.

gos fueron más abstractos y teóricos que los rabinos del *Talmud*, quienes atendieron a problemas más concretos.<sup>35</sup>

A pesar de la profunda veneración que los judíos sienten por la Ley de Moisés y su fiel observancia, la medicina de Maimónides, profundamente incardinada a la costumbre religiosa, otorga tal importancia al hombre que recomienda dejar de cumplir un precepto de la *Torah* cuando ese cumplimiento pusiera en peligro la vida humana. En esto, seguía a los maestros talmúdicos. Un pasaje de *Miṣnah Iomá* dice:

Rabí Matía ben Jeresh dijo: “si se tiene dolor en la garganta, se pueden colocar en la boca medicamentos durante el sábado, ya que hay peligro para la vida humana; y todo peligro para la vida humana suspende las leyes del sábado”.<sup>36</sup>

Si existían dudas sobre la gravedad de la situación y las opiniones de varios médicos consultados no coincidían entre sí, había que atender a la opinión de mayor gravedad, ya que ante la sola posibilidad de que existiera peligro para una vida humana, la necesidad de proteger esa vida estaba por encima de la observancia del sábado; en consecuencia, se podía atender pacientes, hornear, faenar animales, encender y apagar luces, y todo aquello que resultare necesario para salvar la vida.

#### CONSIDERACIONES FINALES

La formación de Maimónides como médico se nutrió de las tradiciones bíblica y griega; a través del *Talmud*, de los médicos hipocráticos y de Galeno, respectivamente. Resulta difícil rastrear en su literatura médica la influencia de los médicos árabes, al menos en lo que respecta a la influencia de la naturaleza en la salud. Fiel a la vertiente griega de su formación, Maimónides considera al hombre como integrado en una totalidad cósmica, en una armonía entitativa con la naturaleza, debiendo convivir con ella sin violentarla. Al mismo tiempo, el componente bíblico de su formación consideraba al hombre como una creatura que se distinguía del resto de la creación por el *plus* de dignidad que le confiere el haber sido creado a imagen de Dios.

Confrontando con su formación aristotélica, argumenta de manera impecable adscribiendo como filósofo creyente a la creación desde la nada. Entiende que el Dios bíblico, personal y viviente se involucra de manera decisiva en

<sup>35</sup> Por ejemplo, Stephen Newmyer, “Climate and health: classical and talmudic perspective”, *Judaism* 33, 4 (Otoño 1984): 426-438.

<sup>36</sup> *Miṣnah Iomá* 8: 6; en J. Bortz, *Maimónides. Medicina preventiva y psicosomática*, 109.

la salud del hombre y, consecuente con la fe en un Dios de vivos y no de muertos, “el Dios de Abraham, Isaac y Jacob”, exalta la salud y la vida del hombre por encima de las prescripciones de culto dirigidas a ese mismo Dios.

En su vasta obra de medicina, Dios, naturaleza y hombre se implican entre sí logrando como síntesis una medicina profundamente humana y ecológica, que desafía desde la Edad Media a cierta medicina contemporánea, hegemónica y paternalista que pasa por encima de la autonomía del paciente y sustituye a Dios por la presunta omnipotencia de la tecnología biomédica.

Juan Carlos Alby  
Universidad Nacional del Litoral  
Universidad Católica de Santa Fe  
Universidad Autónoma de Entre Ríos  
Dirección: Santiago del Estero 2638  
3000 Santa Fe  
ARGENTINA  
E-mail: jcalby@hotmail.com

Recibido: 30 de noviembre de 2006  
Aceptado: 30 de diciembre de 2007